Master Negative Storage Number

OCI00042.08

El Terror de la montaña

Madrid

[1894?]

Reel: 42 Title: 8

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00042.08

Control Number: ADT-1601
OCLC Number : 29673945
Call Number : W 381.568 H629 v.2 TERR
Title : El Terror de la montaña, ó, Historia del famoso cabecilla carlista D. Francisco Saballs.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1894?]
Format : 32 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Saballs, Francisco.
Subject : Chapbooks, Spanish.
Subject : Spain History Carlist War, 1873-1876.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/27/94
Camera Operator: AR

(CUATRO PLIEGOS.)

EL TERROR DE LA MONTAÑA
ó
HISTORIA DEL FAMOSO CABECILLA CARLISTA
D. FRANCISCO SABALLS.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.

ES PROPIEDAD.

381.568
629 v.2
ERR

EL TERROR DE LA MONTAÑA.

I.

Sabido es que las guerras civiles producen siempre guerrilleros célebres y tipos notables en valor, destreza y astucia, los cuales, no sujetos á la disciplina militar, sino á su instinto, á su independencia y su carácter, dejan por regla general detrás de sí una triste celebridad que sirve despues de saludable enseñanza al pueblo. Por consiguiente, como tal ha sido la consecuencia de nuestras luchas intestinas y extranjeras, no es extraño que encontremos hombres de un temple de hierro, sanguinarios por condicion, que figuren en el fondo de los acontecimientos históricos de una manera sombría y dolorosa.

Durante la guerra de la Independencia tuvimos guerrilleros notables, sobresaliendo el Empecinado, el Cura Merino, Jaime el Barbudo y otros. En la época de 1820 á 23, *El Trapense* dejó huellas terribles de su espíritu intransigente: cuando la guerra civil que concluyó con el convenio de Vergara, fué Cabrera quien adquirió una celebridad extraordinaria; y ahora, con la última campaña que ha terminado mediante la restauracion de S. M. D. Alfonso XII, el cabecilla que más fama de cruel y sanguinario ha adquirido, el que ha sido más osado y atrevido en sus empresas, es el que hoy presentamos á la consideracion de nuestros lectores bajo el título con que ha sido nombrado en Cataluña, teatro de sus empresas, esto es, con la denominacion de *Terror de la Montaña*.

Don Francisco Saballs era hijo de un antiguo comandante carlista que habia hecho la primera guerra civil bajo las órdenes del cruel conde de España, y educado en aquella escuela, asistió, siendo niño aún, á los combates que por entonces se libraron en las cuatro provincias del Principado. Todo el ódio, todo el veneno que las huestes carlistas profesaban al principio liberal, lo mamó el pequeño Saballs, y pruebas dió de ello no reconociendo el convenio de Vergara cuando la patria abrió sus brazos á los hijos extraviados de ella. Su juventud, segun es fama, fué bastante borrascosa, y andaba hecho un aventurero por todas las naciones de Europa, militando en algunos ejércitos de ellas, hasta que llevado por la exaltacion de sus principios reaccionarios, se alistó como voluntario en el cuerpo de zuavos pontificios creado en Roma para la defensa temporal del Papa. Fiel permaneció Saballs en aquel tiempo, hasta que llegó el momento en que se presentó en las puertas de la capital de Italia el ejército victorioso de Victor Manuel. Sabido es que los españoles y franceses que constituian la parte esencial de los zuavos pontificios se batieron desesperadamente en la Puerta de San Maximino de Roma, y Saballs fué uno de tantos de los que pelearon por la integridad de Roma, hasta que vino la órden del Papa mandando suspender el fuego. Entonces se retiró, como otros muchos, á Austria, y allí estuvo hasta que se inició en España la última guerra civil, que como es sabido fué uno de los resultados de la revolucion de Setiembre.

Al punto comprendió Saballs el vasto campo que se abria á su espíritu aventurero y tumultuoso, tanto más cuanto se le presentaba ocasion de volver á su patria, pisar el mismo teatro en donde habia pasado en guerra los primeros años de su vida, y en donde tenia relaciones de parentesco y amistad y dar con este motivo nuevo pábulo á sus opiniones exageradas y á sus instintos sangrientos. Con la perspicacia propia de hombres de su naturaleza, no quiso esperar á que la guerra carlista, que apenas habia principiado, tomase mayor incremento, sino que le pareció oportuno ser en Cataluña uno de sus iniciadores, y desde luego marchó á ella. Antes visitó á D. Alfonso de Borbon, hermano del pretendiente, que tambien habia sido zuavo pontificio; le dijo su proyecto, y recibió de aquel ex-príncipe un despacho de comandante y la órden

de dirigirse á la provincia de Gerona para sublevarla.

Apenas principiaba en España la dolorosa lucha que tanta sangre, lágrimas y dinero le ha costado, cuando el temerario D. Francisco Saballs atravesaba solo y á pié las gargantas más difíciles del Pirineo. Castells y algun otro cabecilla eran los únicos que recorrian el país proclamando á Cárlos VII, y como los espíritus estaban divididos, como los partidos se disputaban el poder y el gobierno tenia que defenderse de estos partidos, resultaba que se dejaban vagar las faccioncillas que se levantaban, sin cuidarse apenas de ellas. Ya á la sazon habia muerto el general Prim y nadie habia heredado la energía de este general: la consecuencia debia tocarse en seguida. Como unos no querian la monarquía extranjera de don Amadeo de Saboya y otros no eran partidarios de la república, el partido absolutista encontró una soberbia ocasion para levantar bandera, y todos sus antiguos partidarios y otros nuevos se aprestaron á la contienda. Tal era la situacion de España, cuando Saballs llegaba á la frontera. En aquel mismo instante se acababa de encontrar con cinco emigrados carlistas que volvian á su patria con ánimo de ingresar en las partidas que se estaban organizando, y dándoles á conocer su título de comandante, aquellos cinco hombres no tuvieron inconveniente en unirse á su destino, dispuestos á obedecerle en todo.

Entró pues Saballs en España con cinco hombres armados de palos por todo ejército, llevando en el bolsillo noventa reales por todo caudal. Así resulta de sus propias memorias. Aquella noche descendió por el Ampurdan y fué á escoger por cuartel general de sus futuras operaciones una cueva ya de antiguo conocida, verdadera guarida de bandoleros, en donde Saballs sabia debia existir un depósito de viejos fusiles escondidos allí desde la pasada guerra civil; y en efecto consagrado á la busca de aquel armamento tuvo la fortuna de encontrarlo. Constituian aquel depósito unos ciento cincuenta fusiles, y esto fué lo bastante para que al dia siguiente principiase su campaña por las masías y heredades que bañan las riberas del Segre y del Cinca. Al punto que se extendió por el pueblo la noticia de la existencia de aquella partida no faltaron voluntarios que se agregaron á ella; de modo que á los tres dias de estar en España coman-

daba D. Francisco Saballs unos sesenta hombres todos dispuestos á sostener aquella guerra de montaña á que los catalanes son tan aficionados.

Permaneció Saballs en su madriguera durante diez ó doce dias racionándose de lo que los pueblecillos inmediatos le suministraban, hasta que su partida pudo presentar unos ciento veinte hombres robustos, valientes y decididos. El cabecilla se hizo dueño de un caballo de un labrador de Ripoll y con un sable de caballería á la cintura, su uniforme de zuavo pontificio y una boina blanca, salió á campaña dejándose caer sobre la parte de Berja, punto que se prestaba admirablemente á sus operaciones, puesto que Castell operaba por la provincia de Lérida y Barcelona.

Para evitar un descalabro que pudiera serle fatal, se valió del sistema de las sorpresas y pudo de este modo sorprender á dos ó tres cantones de tropa que se encontraban diseminados por los pueblecillos inmediatos; pero tan luego como el ejército tuvo conocimiento del nuevo cabecilla que se presentaba en campaña dispuso dos ó tres columnas en su persecucion, las cuales salieron de Gerona. Estas columnas eran mandadas por el teniente coronel Cabrinetty, cuya brillante historia militar está enlazada por decirlo así á la del cabecilla Saballs hasta la infortunada accion de Alpens.

II.

Antes de entrar de lleno en la historia militar del terrible partidario de D. Cárlos, conviene que describamos á este hombre que ha llenado de sangre á las hermosas provincias catalanas. Saballs es alto y delgado; todo él es una organizacion de nervios y de huesos que revela su resistencia y su actividad. Su semblante es largo, la mirada es profunda y tiene los ojos encendidos por los bordes. La nariz es aguileña y su barba larga y aguda. Un largo bigote entrecano dá á todo su rostro mayor dureza. Las cejas están contraidas por lo regular y dos profundas arrugas parten perpendicularmente desde la frente á la nariz. No hay en todo aquel sem-

blante ni un rasgo de bondad: su voz es brava, imperiosa y sonora.

Desde que Saballs se encontró con una partida respetable ya no dudó en medir sus fuerzas con las del gobierno, si bien valiéndose para ello de lo escabroso de las montañas. Su arrojo y la prontitud de sus movimientos habia llamado la atencion á los entendidos militares que le perseguian; así es que combinaron un movimiento para sorprenderlo en las inmediaciones de Santa Pola. Saballs no dormia y pronto supo lo que se preparaba contra él. Sacó de dicho pueblo sus fuerzas, las colocó en el monte inmediato y esperó la llegada de dos columnas. Estas, que creian iban á sorprender á la faccion, se encontraron chasqueadas, creciendo su asombro cuando dicha fuerza hábilmente escalonada por Saballs, principió un fuego contínuo sobre las tropas. Era ya de noche, y sin el valor de nuestros oficiales acaso la fuerza moral de las tropas se hubiera perdido, pues aquellos conocieron que era preciso batir á la faccion y el combate se generalizó por todas partes. Tres horas duró la lucha, hasta que los carlistas tuvieron que retirarse por las grandes pérdidas materiales.

Bastó este hecho de armas para conocer que el cabecilla Saballs reunia al valor inteligencia militar; su partida engrosaba de dia en dia, de manera que en poco tiempo organizó un batallon á que dió el nombre de *Almogábares*, en recuerdo de los antiguos catalanes y aragoneses que así se llamaron, para pelear siempre en contra de los moros y en favor de la independencia de la patria.

Todo el año de 1872 lo pasó Saballs organizando sus partidarios. Castells por los bajos de Cataluña y él en la montaña mantenian la rebelion, á pesar de haber concluido esta en el Norte con el convenio Amoravieta; pero como las tropas se hallaban guarneciendo sus cantones, eran raros los encuentros y los que solia haber no tenian la importancia que le daba la *Gaceta* ni la que por otro lado le imponian los partidarios del pretendiente. Resultaba sí que á pesar de las diversas veces que por conducto oficial se daba por terminada la guerra de Cataluña y disperso y muerto Saballs, este aparecia á lo mejor cayendo sobre algun destacamento, ó bien bailando con las payesas de la montaña en medio de las plazas públicas al compás de la ruidosa charanga de sus soldados.

Mas por lo mismo que tanto el Gobierno como las Córtes habian dado escasa ó ninguna importancia al movimiento, éste principió á tomar un carácter sério y alarmante: las noticias llegaron á Madrid por multitud de correspondencias, hasta que los diputados de las cuatro provincias catalanas acudieron al ministerio pintándole la situacion *con oscuro colorido*. Ya no eran solos Castells y Saballs: Garcerán, Guiu, Nasacre, Miret y otros muchos levantaban por todas las montañas el desacreditado pendon del pretendiente, y como la fortuna habia sido completamente favorable á Saballs, éste, conocido ya bajo el pseudónimo *El terror de la montaña*, habia llegado entre los suyos al grado de mariscal de campo, pues á su actividad incansable y á las audaces sorpresas que habia hecho, llovian sobre él gracias y condecoraciones otorgadas por su invisible monarca.

Pero á la entrada del año de 1873, los carlistas se encontraron tan envalentonados, que se puede decir que tomaron la ofensiva en todo el Principado. Preparábase un levantamiento general, y solo las cansadas columnas del general Andía, de Arrando, del entonces brigadier Martinez Campos y del bravo coronel Cabrinetty, eran las que podian hacer frente á las facciones. Tenian que luchar nuestros soldados y valientes caudillos contra un número superior de enemigos, siendo Saballs uno de los que llevaban más de 2.000 infantes, bastante caballería y dos ó tres cañones que habia recibido por las inmediaciones del cabo de Creux. Complicaba la situacion la entrada en España de D. Alfonso de Borbon, hermano del pretendiente, el cual, con el carácter de capitan general, debia dar más unidad al movimiento aislado de los carlistas.

Para festejar Saballs la entrada del mal aconsejado exprínciпe, dispuso el levantamiento de un somaten general en toda la parte alta de la montaña en tales términos, que, segun las cartas que por entonces llegaron á Madrid y se publicaron en los periódicos, no se oia nada más que el toque alarmante y contínuo de las campanas desde las torres parroquiales de Ripoll hasta los términos del gran rádio que termina en Ridaura, San Juan de las Abadesas y Rivas. Este toque de alarma llegaba por otro lado á las llanuras de Vich. No contento Saballs con esto, habia hecho un rápido

movimiento y encerró en Sellera al valiente Cabrinetty, el más tenaz y temerario de los enemigos de aquel cabecilla. Afortunadamente Cabrinetty conocia tan bien como el guerrillero la guerra de montaña, y pudo salir de la Sellera sin perder un soldado, replegándose hácia Berga, punto que por entonces le presentaba una seguridad completa.

Mientras estos graves acontecimientos se verificaban en Cataluña, cundia en Madrid la alarma, y aunque el Gobierno, ó mejor dicho, el ministro de la Guerra de entonces parecia dormido entregado á una inercia inexplicable, no por eso dejaban los periódicos de anunciar diariamente el peligro de aquella situacion. *La Igualdad*, diario republicano que no podia ser sospechoso, decia de Saballs lo siguiente: «Ya no cuenta con sus propias fuerzas, sino que se cree autorizado y con poder bastante para obligar á los pacíficos habitantes á tomar las armas. De esto á un levantamiento general no hay más que un paso, y Saballs, que es muy audaz, no repara en darle.» *La Epoca* añade sobre este cuadro desolador: «La proclama de D. Alfonso á los pueblos catalanes, el movimiento que se observa en la alta montaña, la preponderancia creciente de Saballs, son motivos de legítima alarma y de preferente atencion del Gobierno. Saballs apela á la destruccion de las vias férreas, paraliza la marcha de los trenes, rompe los alambres telegráficos, saca grandes exacciones á los pueblos, se entiende de potencia á potencia con las empresas de ferro-carriles.... todo esto sucede. ¿A dónde iremos á parar?

Tal era la queja de los periódicos más sensatos, por lo que, siendo preciso hacer algo, el Gobierno dispuso que el general Gamundi saliera á campaña, mandándole refuerzos y armando sin cesar á los voluntarios de la libertad. Pero en tanto que esto se decia y se hacia en Madrid, se preparaban dos grandes acontecimientos: una nueva guerra en el Norte y la abdicacion de D. Amadeo de Saboya.

III.

No vamos á detenernos en ninguno de esos dos sucesos,

porque no corresponden á la índole de nuestra historia; pero bastó la proclamacion de la república para que la guerra carlista estallase de nuevo en el Norte, y para que las envalentonadas facciones catalanas adquiriesen mayor pujanza y poderío. El ejército nacional que venia profundamente iniciado con las predicaciones revolucionarias y las proclamas que no cesaban de repartirse en los cuarteles, encontró la ocasion de declararse en abierta sublevacion, y al grito de *abajo los galones, que bailen los jefes,* manifestaron que no querian batirse. Solo el benemérito cuanto desgraciado brigadier Cabrinetty, cuanto el infatigable general Martinez Campos, pudieron mantener la disciplina, dándose en seguida los tristes acontecimientos de Falset, por lo que resultó la indisciplina de la mayor parte del ejército de Cataluña.

Para comprender la situacion, citaremos el ejemplo siguiente. El gobierno de la república habia nombrado al general D. Juan Contreras, capitan general del Principado, y en el acto de tomar posesion de su destino, se le presentó la oficialidad que guarnecia á Barcelona, vestidos de paisanos y los soldados con el gorro frigio en la cabeza. A pesar de esto, pudo dicho general sacar á campaña algunos batallones; mas al pasar por el pueblo de Sallent, donde el fruto de la naranja es abundantísimo, los soldados tiraron los fusiles y se arrojaron sobre los árboles para cojer su fruto. Apercibido Contreras del suceso, quiso hacer ver á su tropa lo mal que hacia; pero la soldadesca principió á lanzar una nube de naranjas sobre su general con tal abundancia, que este se vió obligado á huir con su Estado mayor.

Hemos presentado únicamente este cuadro, para que se comprenda lo que favoreceria á las facciones la situacion del ejército. Sin embargo, los dignos jefes de columnas que andaban dia y noche por la montaña detrás de los carlistas, no cesaban de llevar á los soldados al combate, haciéndoles comprender cuál era la senda del honor y del deber. De resultas de esto, los jefes Ariño, Arrando y Cabrinetty dieron una sangrienta batalla en las inmediaciones de Gerona contra las fuerzas de D. Alfonso de Borbon y Saballs, accion en donde murió el cabecilla Frigola, y en donde las tropas ocuparon las posiciones de los carlistas. Pero aquellas columnas leales que no tenian un momento de reposo, no eran sufi-

cientes para detener la incansable actividad de los carlistas, y aunque por las mismas tropas se libró un segundo combate en Miera más empeñado que el anterior, no se pudo evitar que Saballs, nombrado ya por su rey comandante general de la provincia de Gerona, entrase en la populosa villa de Tremp.

Era tal el renombre que habia adquirido este oscuro guerrillero, que la gente de la montaña asustaba á los niños anunciándoles la aparicion de Saballs, y aunque por entonces todavía no habia desplegado la fuerza de su carácter sanguinario, se referian de él multitud de hechos que revelaban la dureza de su carácter. Sin embargo, referiremos varios rasgos de este hombre que constituye el tipo de los guerrilleros de montaña, para que se comprenda su índole y sus instintos.

Despues de su entrada en Tremp el valiente brigadier Cabrinetty que se habia constituido en la cumbre cuando su constante perseguidor le presentó batalla en la torre de Sallent, combate tan encarnizado como los anteriores, y de cuyas resultas se esparció la noticia de su muerte. Por toda Cataluña cundió la voz de que habia sido atravesado por una bala, y en Madrid se aseguró formalmente de que habia muerto de resultas de un veneno. No habia motivo para desmentir la noticia, cuando el ministro de la Guerra, por entonces el señor Estévanez, recibió un pliego con el sello del *Ejército Real de Cataluña* y el cual decia lo siguiente:

«Señor Ministro de la Guerra del Gobierno revolucionario de Madrid.

»Tengo la satisfaccion de participarle que ni estoy muerto »de una bala ni envenenado por ningun traidor. Al darle este »aviso aprovecho la ocasion de ofrecerme de V. E. con toda »consideracion y respeto su atento enemigo S. S. Q. B. S. M.— »Francisco Saballs.»

Esta carta, que se publicó en varios periódicos, vino á adquirir toda importancia cuando se supo que de nuevo Cabrinetty y Saballs se habian batido desesperadamente en Viladrau. Pero el bravo jefe de las tropas leales estaba solo. Las columnas de Arrando y de Andía casi habian desaparecido á causa de la sublevacion de los soldados y solo algunas guarniciones fieles y la division de Martinez Cam-

pos eran las fuerzas que por entonces existian en todo el Principado. Esta situacion favorecia de tal modo al cabecilla Saballs que podia pasearse impunemente por toda Cataluña sin temor á ciertos encuentros. Aprovechó esta ocasion el jefe carlista en aumentar sus huestes, en organizar la caballería y en hacer sorpresas con el ánimo de armar con los fusiles nuestros á sus harapientos soldados. En una de estas espediciones tropezó con un capitan de la Guardia Civil que iba distribuyendo los haberes de su compañía en los diversos cantones en que esta se hallaba, y aunque Saballs podia haber cogido como prisionero de guerra al capitan, le preguntó á dónde iba. Este respondió en el acto esplicándole lo que dejamos dicho, y entonces Saballs replicó:

—Pues va usted muy mal, señor capitan, por este camino. Tome usted un salvo conducto, acepte usted una escolta de mi fuerza de veinte hombres y un oficial y concluya usted de repartir los haberes á sus soldados. Es como podrá concluir bien su comision.

El capitan se vió obligado á aceptar la proteccion carlista y acabó de llenar su mision sin que nadie le molestase.

Dos dias despues de este hecho, Cabrinetty atacaba de nuevo al cabecilla faccioso en las alturas de San Celoni, pues no parecia sino que existia un tremendo duelo entre aquellos dos hombres temerarios que sin cesar se estaban batiendo sin vencerse mútuamente de una manera definitiva. Y en efecto, émulos ambos, conocedores de los secretos de la montaña, odiándose mútuamente con el calor de la pasion política, buscándose sin cesar, no pensaban en otra cosa sino en su mútuo esterminio. Este debia cumplirse más tarde dejando en la cronología de los héroes un nombre ilustre á la posteridad.

Saballs adquiria una importancia extraordinaria á causa de nuestra faltas políticas: las empresas de ferro-carriles, lastimadas en sus intereses, se entendieron con dicho cabecilla para no paralizar su movimiento, y multitud de personas de Barcelona le escribieron ante los desórdenes republicanos, de que le facilitarian los medios para entrar en dicha capital; pero Saballs, que sabia como la zorra de la fábula de que las *uvas estaban verdes*, contestó á los que tales ofre-

cimientos le hicieron de que no estaba autorizado para tanto.

Esto no quitaba á que los acontecimientos de la guerra continuaran cada vez con mayor energía; Cabrinetty y Martinez Campos no cesaban de librar combates y sucesivamente se dieron las acciones de Piedras Agudas, Vega del Carall y otras con éxito más ó menos lisonjero. Pero así como los bravos caudillos que hemos nombrado no se descuidaban un instante, Saballs no se dormia tampoco y á esto se debió la sorpresa de Tordesa, en donde cuatro compañías se vieron obligadas á rendirse á Saballs despues de haber quemado el último cartucho y cuando ya era imposible toda resistencia. Saballs se mostró generoso con aquella fuerza, pues no solamente la obsequió dándole un rancho abundante, en virtud de que aquellos valientes no habian comido en muchas horas, sino que la puso en libertad, quedándose tan solo con el armamento de la misma. Se ha comentado por la prensa en qué consistia aquella generosidad; pues hay que atribuirla á dos causas: la primera á que los carlistas no tenian depósitos de prisioneros, y más les convenia dejar en libertad á los que hacian que no llevarlos consigo, lo cual aumentaba su vigilancia y sus gastos en el racionamiento de la tropa, y lo segundo en que estando el ejército casi en completa disolucion, con aquel desprendimiento podria atraerse las simpatías de los soldados y ganar más por este camino que por otro más enérgico y más fuerte.

No habia llegado aun la hora en que el cabecilla Saballs desplegase sus instintos sanguinarios y siguiese una política que, en honor de la verdad, podia favorecer mucho á la causa carlista si esta hubiera tenido las simpatías del país. A este mismo pensamiento obedecia este nuevo acto de Saballs. Era terror de toda la provincia de Gerona un terrible bandolero, que favorecido por las circunstancias, cometia todo género de delitos y depredaciones. Imposibilitada la guardia civil de perseguirle, aquel malvado estaba á sus anchas, hasta que se dió cuenta á Saballs de lo que pasaba, por lo que ordenando el jefe carlista su persecucion pudo sorprenderlo en una de las *masías* ó casas de campo de la provincia. Sumariado el bandido verbalmente fué pasado por las armas, de cuyo acto dió el jefe carlista cuenta á los jueces de primera instancia del gobierno de la república inmediatos á él; pues

segun su comunicacion, las autoridades judiciales no deben sino administrar justicia.

No solamente se consagró Saballs á estos actos propios de los accidentes de su turbulenta existencia, sino que el 25 de Febrero del año 1873 dió una proclama á sus soldados por la cual resultaba que se habia puesto al frente de sus tropas D. Alfonso de Borbon y doña María de las Nieves esposa de este, á quien el jefe carlista no tuvo reparo en compararla nada menos que con Isabel la Católica. Aunque la comparacion no podia ser más inexacta, esto no quitó para que el ya famoso guerrillero bloquease á Vich y sostuviese los dos rudos combates de Santa Lucía y San Hipólito, en donde los incansables Martinez Campos y Cabrinetty volvian á luchar con su perpétuo enemigo, con el temerario Saballs. Mas no bien terminó aquellas acciones en que siempre le tocó ceder el terreno, hizo una contramarcha y se presentó en Ripoll. Guarnecida estaba esta poblacion por carabineros, y estos se defendieron heróicamente; mas no pudiendo resistir el empuje de la faccion y encerrados en la iglesia tuvieron que capitular. Los desdichados carabineros que defendian el puente de San Eudaldo fueron cruelmente fusilados, siendo este el primer acto de ferocidad de aquel cabecilla, cuya celebridad era cada vez mayor.

El infatigable Martinez Campos no podia consentir que el jefe carlista fuera el dueño de aquella poblacion, y lo atacó en las mismas posiciones que habia conquistado; mas á pesar de que este se parapetó fuertemente en la ermita de San Cristóbal, fué lanzado de la posicion perdiendo en el choque al jefe de su caballería Cort.

Pocos dias despues se dió la terrible accion del Prats de Llusanés. Cabrinetty atacó bravamente las posiciones carlistas, desalojándolos de ellas: rehechos estos volvieron por dos veces á la carga, en cuyo sangriento choque se dispersaron los soldados de Cabrinetty: éste quedó solo con uno de sus ayudantes y veinte soldados. En tan crítica situacion, el valiente Cabrinetty levanta el baston de mando, manda á su ayudante que se dirija á contener los fugitivos, y él se arroja sobre la derecha con dos soldados de Mérida y un tercero de otro cuerpo, por cuyo punto cargaba con toda su fuerza la caballería enemiga.

—¡Cargar á la bayoneta!—grita á los suyos aquel héroe, digno de mejor suerte; y los soldados obedeciéndole matan al coronel carlista Arredondo, consiguiendo con este golpe audaz detener á los enemigos, mientras él vé los soldados que vuelven dispersos á sus contrarios.

Pero aquella penúltima gloria del rival de Saballs debia encontrar un triste término en la sangrienta batalla d Alpens. Este combate, era por decirlo así, el esfuerzo más colosal hecho por Cabrinetty; pero en las primeras descargas una bala segun unos, y dos segun otros, cortaron de repente la vida del malogrado brigadier, que cayó entre los suyos con el cuello y el pecho destrozado. Muerto Cabrinetty la dispersion y el desórden fué general, y Saballs, que era tan sagaz como su infortunado y constante enemigo, aprovechó perfectamente las ventajas que la suerte le daba. El 13 de Julio llegó la triste noticia á Madrid, y *El Imparcial* fué el primer periódico que dió la noticia de aquel desastre.

La muerte de Cabrinetty era una desgracia que debia llorar la pátria reconocida.

Para comprender á esos dos rivales de la guerra, en que uno sucumbe como han visto nuestros lectores, mientras el otro encuentra el favor de la fortuna, reproducimos el cuadro que un entendido comandante de la columna de Cabrinetty dejó escrito acerca del carácter de su valiente y malogrado jefe. La derrota de Alpens éra el complemento de aquel duelo formidable en donde Saballs habia de sucumbir con Cabrinetty ó Cabrinetty con Saballs. Dice así:

«La guerra civil de Cataluña seria más breve si hubieran podido hallarse algunos hombres como Cabrinetty. Este jefe tiene las verdaderas condiciones de un guerrillero. He estado á sus órdenes durante ochó meses y le he visto hacer cosas increibles física é intelectualmente. Ante todo es hombre de una constitucion verdaderamente de hierro. No hay fatiga que pueda doblar aquel cuerpo: resiste las marchas más largas y penosas, los frios más intensos, los calores más insufribles.

»No es un militar de estudio ni de ciencia; pero tiene un talento é ingenio naturales, junto con un espíritu de observacion que le sirve admirablemente, y además la primera de las cualidades del guerrillero, es decir, la memoria de

las localidades, poseyéndola hasta un grado tan alto, que no solo le basta haber pasado una vez por una parte para recordar su configuracion y accidentes topográficos, sino que le ayudan á adivinar la situacion de los mismos contornos que no puede descubrir con la vista. Las marchas las hace siempre á pié y su asistente monta en su caballo, que es una jaca bien amaestrada; pero apenas se rompe el fuego el asistente le lleva el caballo, en el cual Cabrinetty monta en seguida, al revés de los demás jefes que suelen hacer las marchas á caballo y estar en fuego á pié, por razones que es delicado decir.

»Las operaciones de Cabrinetty consisten más bien en marchas y contramarchas que en encuentros, pues como es tan difícil sorprender la faccion ú obligarla á combatir, no hay más remedio que matarla á persecuciones un dia tras otro.

»En estas marchas es donde yo he visto brillar el talento de Cabrinetty: dominando la topografía de un cerro completo no parece sino que aquellas escabrosidades y picachos le abren paso para que pueda marchar. Es veloz como el rayo, y la gente le sigue casi sin darse cuenta de la fatiga que sufre, por la maestría con que es conducida. A pesar de que Cabrinetty no cuenta con otro espionage que con el que su ingenio y las relaciones del país le proporcionan, adivina siempre los proyectos de su enemigo, le halla siempre la pista por mucho que se esconda, le previene del modo más feliz y burla completamente sus proyectos.

»Por poco que pueda, camina por las alturas sondeando las profundidades de los barrancos y buscando las huellas de los carlistas. Si fuese más secundado ó el enemigo no tuviese tanta confidencia, es imposible que no hubiese aniquilado á los rebeldes.

»Verdad es que Saballs es otro maestro en el arte de operar. Habrá otros cabecillas que le sean superiores en presentar un fuego, y de seguro que Anquet es uno de ellos, pero ninguno le iguala en lo que constituye el juego principal de esta guerra: la marcha, ¡cuantas veces he visto con admiracion á Cabrinetty y Saballs en una de esas persecuciones á muerte que tanta nombradía ha dado á mi jefe. hubiera dicho que el uno adivinaba el pensamiento del otro!

»Aquella série de movimientos daban vértigo por la rapidez y la duracion, pero maravillan por el ingenio y la travesura inagotables. Dias, semanas enteras los he visto luchar de este modo. Saballs huia á escape; Cabrinetty adivinaba á dónde iba á parar y le tomaba las vueltas. Saballs se lo temia y tomaba precauciones para deslizarse.

»Llegábamos al objetivo: nos hallábamos de manos á boca con los carlistas, y cuando creíamos cogerlos, de repente desaparecian. Imaginaba Cabrinetty la direccion que tomaban; pero temeroso de que Saballs lo preveyera y se le marchara á retaguardia, tomaba disposiciones para imperlo. Saballs, por su parte, adivinaba la idea de Cabrinetty, y no se dormia.

»Echábase, en efecto, hácia su retaguardia; pero tomando precauciones para no verse engañado, y este modo, tan difícil era que el carlista se escapara de Cabrinetty como que Cabrinetty pudiera coger al carlista, hasta que al fin Saballs se veia obligado á sostener el fuego y marcharse de la comarca por medio de una dispersion general.

»Los fuegos que ha sostenido Cabrinetty son todos por la mayor parte de retaguardia, y los carlistas procuran tan solo entretener con ellos á los que les persiguen con el objeto de escapar mejor. Pero Cabrinetty miraba siempre de sacar de ello más resultado, impidiendo que los carlistas se retirasen conservándose en armas.»

Hasta aquí la interesante relacion que hemos hecho; relacion que tiene un término fatal con la batalla de Alpens. Cabrinetty, el héroe de la montaña, sucumbió en el duelo que sostuvo con el terror de ella, pudiendo decirse que, de las aventuras de Saballs, esta fué la más afortunada.

IV.

Era el cabecilla carlista un hombre que por su carácter exigente y turbulento, ni podia obrar de comun acuerdo con sus compañeros, ni aun reconocer la autoridad del ex-príncipe D. Alfonso, que tenia entre los facciosos el carácter de capitan general de Cataluña: así es que, guiado por su ins-

tinto, se arrojó sobre Baxá, y despues sostuvo el sangriento combate de Igualada, apoderándose de esta poblacion. Mientras los suyos prendian fuego á la torre de la iglesia y á los puntos donde la tropa se habia fortificado, Saballs se paseaba tranquilamente por la Rambla fumándose un cigarro, y luego que terminó aquella hazaña, se dirigió á Puigcerdá, creyendo que la suerte le acompañaria; mas la valiente guarnicion de esta plaza, no solamente lo rechazó, sino que lo hizo huir con vergonzosa derrota, abandonando aquella empresa que no pudo realizar jamás.

Favorecia extraordinariamente á Saballs el estado de desorganizacion en que se encontraba el ejército, y esto era un gran auxiliar para que sus empresas adquiriesen la fama que conquistaron. Unas veces en la parte alta de la montaña y otras en la baja, podian correr impunemente el Principado, lo cual le autorizó hasta el caso de poner un oficio al gobernador civil de Tarragona pidiéndole, en concepto de contribucion, la entrega de 25.000 duros, cuya peticion fué desechada, como no podia menos, por la diputacion provincial de la referida poblacion. Cierto es que Saballs contestaba con mil amenazas que no llegaron á cumplirse, pero tambien lo es que en muchas partes que no tenian las condiciones de Tarragona le daban los impuestos que pedia.

El sueño dominante del cabecilla carlista era el hacerse dueño de la importante plaza de Gerona; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles: apeló á cuantos medios pueden imaginarse, especialmente el del soborno, pero la guarnicion de aquella plaza estaba bajo la influencia del heróico Martinez Campos, y nadie pensó en faltar á su deber. Presentóse diversas veces delante de ella; pero desde lejos, no atreviéndose á poner bajo el tiro de sus cañones.

Una noche, sin embargo, se acercó con parte de sus fuerzas á la plaza, y embozándose en su capa y seguido de dos ayudantes suyos en quien tenia completa confianza, se fué á una especie de ventorrillo que habia inmediato á una de las puertas de la ciudad. La oscuridad era completa, y merced á ella se dirigió á la referida puerta, que estaba cerrada, llamando por fuera al oficial de guardia. Este preguntó por la parte de adentro qué era lo que se ofrecia, á lo cual contestó Saballs que traia un oficio muy urgente para el go-

bernador. El oficial dijo daria cuenta á dicha autoridad, y ordenó que se retirasen mientras tanto, pues de lo contrario mandaria hacer fuego desde la muralla. Saballs conoció que habia llegado el momento de jugar el todo por el todo, y respondió al oficial que si le abria la puerta le entregaria en el acto un bono de 30.000 duros; pero conociendo el pundonoroso militar de lo que se trataba, dió por contestacion la voz de fuego, pudiendo escapar Saballs libremente, gracias á la oscuridad de la noche.

Mientras que estos sucesos tenian lugar, operábase una reaccion saludable en el ejército, merced á las medidas que el gobierno de Madrid adoptaba contra cantonales y carlistas. Conociendo la necesidad de aumentar el cupo de soldados habia apelado á las quintas, y poco á poco iban creciendo los refuerzos que se habian pedido al país; por consecuencia, engreido Saballs con sus triunfos atacó á Berga en union del cabecilla Miret; pero fué derrotado en esta intentona temeraria, y á no haber sido por Tristany que distrajo la atencion de las tropas, la derrota del audaz cabecilla hubiera sido de mayor importancia.

Desde este momento la vida militar de Saballs entró en un período de rabia y de agitacion extraordinaria. No acostumbrado á la resistencia, apeló al incendio, y la villa de Castella fué entregada á las llamas, no quedando en pié entre aquellas ruinas nada más que la torre de la iglesia. Es un secreto todavía en la biografía de este guerrillero el brusco cambio de carácter que experimentó despues del desastre de Berga. Baste decir, que fué llamado por el Pretendiente, no sabiéndose aún cuáles fueron las explicaciones que mediaron entre el *rey* y el *vasallo*; pero lo que sí se puede afirmar es que Saballs regresó á Cataluña más animado que antes y más dispuesto á seguir sus peligrosas empresas, habiendo logrado de su *soberano* que D. Alfonso pasase á Valencia, puesto que los disgustos entre el ex-príncipe y el cabecilla eran cada vez mayores.

Libre el cabecilla de su general en jefe, hizo un nuevo amago sobre Gerona, pero tan infructuoso como los anteriores; sin embargo, como este hombre no encontraba límites á su osadía, descendió rápidamente, atacando á Cardedeu, San Celoni y Granollers, deteniéndose en este punto, que

dista de Barcelona unos 30 kilómetros. Despues de esta marcha apoderóse Saballs de Bañolas; por lo que conociendo el gobierno la necesidad de dar una direccion más enérgica á las operaciones, nombró capitan general de Cataluña á Martinez Campos, despues de los sitios de Valencia y Cartagena.

Los acontecimientos políticos, habian de dar por el pronto no muy buenos resultados. A causa del golpe de Estado del 2 de Enero de 1874, pudo Saballs presentarse en la Fanequilla, donde quedó herido su cuñado Cortaza, en Santa Coloma de Farnés y en Manresa. Las dos primeras poblaciones rechazaron heróicamente al jefe carlista; pero en Manresa logró entrar, aunque con inmensas pérdidas, pues Saballs con tal de conseguir su objeto no era muy escrupuloso en conservar la sangre de sus soldados.

Pero desde que el gobierno de Madrid principió á aumentar el cupo de los soldados y conservar en toda su integridad la disciplina del ejército, puede decirse que las facciones catalanas, y por consiguiente la de Saballs, causaron serias dificultades, ya en la marcha de sus operaciones, ya en la facilidad de los encuentros, ya, en fin, en la exaccion contínua de fondos que se hacia sin cesar á los pueblos. Sin embargo, acontecimientos notables ocurrieron durante el año de 1874, los cuales llenaron de indignacion no solamente á España sino á la Europa, y los que acrecentaron el dictado que el país habia dado al feroz cabecilla que los consumó. El primero de estos hechos fué el horroroso fusilamiento de ciento cuarenta carabineros en Olot, y el segundo la toma á traicion de la Seo de Urgel.

Desde el principio, una de las poblaciones más codiciadas por Saballs era la invicta villa de Olot, que tanto en la primera como en la última guerra civil habia sabido defenderse admirablemente contra los reiterados ataques de los carlistas. No una vez, sino en repetidas ocasiones, Saballs habia hecho proposiciones á la guarnicion de aquella plaza; pero esta, llena del sentimiento de su deber, habia contestado siempre que cuando quisiese visitar á Olot que lo hiciera, bajo la seguridad de encontrar allí pólvora y balas para ser recibido. Rondaba pues Saballs la ocasion de saciar su encono contra aquellos bravos defensores, y ya por seguras confidencias, ya

por la traicion que nunca duerme cuando de guerras civiles se trata, es lo cierto que una noche tenebrosa tuvo el *Terror de la montaña* aviso de que se le abririan las puertas de la villa si acertaba á llegar á ella. Hizo Saballs una atrevida contramarcha, y en efecto, en la noche indicada se presentó ante la desapercibida poblacion, cuando nadie podia creer que el enemigo estuviera encima. Pero á los primeros tiros que resonaron en las calles se comprendió lo que sucedia: las tropas se batieron bizarramente desde las casas; pero esta resistencia era aislada y no podia producir escelentes efectos. Sin embargo, ciento cuarenta carabineros habian tenido ocasion de encerrarse en la iglesia y desde allí ordenaron una resistencia heróica digna de ser inmortalizada por la historia. Tres dias estuvieron batiéndose, sin que las ofertas de Saballs, ni el incendio, ni la pérdida absoluta de esperanza de tener socorro alguno les hiciera vacilar un instante. Solo cuando ya no tuvieron municiones, cuando el hambre y la sed de tres dias se hacia insoportable, fué cuando pidieron capitulacion. Saballs exigió que se rindieran á discrecion, y no hubo otro remedio que aceptar aquella desesperada ley de la guerra. Entonces Saballs, lleno de saña, se vengó de aquellos héroes y los mandó fusilar á todos. Es horrible el cuadro de aquella espantosa carnicería. Los valientes carabineros no pidieron gracia, y colocados en monton detrás de las tapias del cementerio, fueron sucumbiendo bajo las descargas de los carlistas, sin que el corazon de Saballs se enterneciese ante los gritos de aquellos infelices que sucumbian noblemente por haber llenado su deber de militares.

Cuando se supo este espantoso suceso, la indignacion general llegó á su colmo, y Saballs adquirió ese carácter de ferocidad que quita al hombre su naturaleza humana para revestirlo de la de las fieras. El nombre de *Terror de la Montaña* con que le calificaban las gentes del país, adquirió aun mayor crédito, y el mismo gobierno, por conducto del capitan general de Cataluña, tuvo necesidad de protestar contra aquellos asesinatos que daban á la guerra un carácter sanguinario, al mismo tiempo que se vió obligado á amenazar de que se valdria de la ley de represalias si se continuaba por aquel camino.

Pero Saballs no reconocia más que su instinto y su inde-

pendencia sin cuidarse del éxito de la empresa; así es que no admitia otra superioridad que la suya ni otras órdenes más que las que á él podian convenirle. En vano su rey le mandaba sucesivamente que reconociera por capitan general unas veces á D. Alfonso y otras á Tristany: él no hacia caso de aquellas órdenes, sino que obraba conforme su criterio y su voluntad. Verdadero guerrillero, hijo de la montaña, no gozaba sino en los combates; así es que raro era el encuentro que nuestra tropas tuviera con la faccion en donde Saballs no estuviera en primera fila. Merced á su eficacia, á su accion enérgica y voluntariosa, pudo encontrar medio para sobornar á algunos militares de la Seo de Urgel y hacerse dueño de esta importantísima plaza: mas para que se conozca el carácter de Saballs, baste decir que, pudiendo ser dicha plaza el punto céntrico de sus operaciones, ni tan siquiera pensó en ello; antes al contrario, dejó que su rey pusiese allí un gobernador militar y una guarnicion á su gusto, mientras él volvia á sus correrías, á sus exacciones, á sus ataques ya de vanguardia, ya de retaguardia, puesto que aquel era su elemento. Pero habia llegado el instante de que la estrella del guerrillero se eclipsara por completo, pues la restauracion de D. Alfonso XII habia de acabar con las hasta allí pujantes facciones catalanas.

V.

Bien sabia el cabecilla Saballs que era ineficaz resistir la fuerza general de la opinion y el cansancio del país; mas por lo mismo que luchaba contra lo imposible, mayor fué su empeño en luchar contra el torrente que se le oponia á su paso. Crecia su osadía y temeridad á medida que iba perdiendo la esperanza; así es que en el momento que don Alfonso XII de Borbon llegaba triunfante á Barcelona y recibia de esta ciudad una inmensa demostracion de contento y alegría, Saballs se dejaba caer sobre Martorell, se aproximaba á Barcelona y aparentaba por medio de este simulacro una pujanza que no existia.

Por consiguiente, apenas el rey dejó á la capital del

Principado, el general Martinez Campos, auxiliado eficazmente por el general Salamanca y por otros caudillos, emprendió de tal modo las operaciones contra los carlistas que desde aquel momento no tuvieron estos una hora de reposo, ni pudieron contar con aquellos fáciles triunfos que les daba, no la suerte ni la bondad de su causa, sino el estado de desmoralizacion del país.

En honor de la verdad, preciso es decir que en aquella postrera lucha Saballs estuvo siempre al frente de sus soldados. Le tocaba retroceder y retirarse; pero siempre lo hacia el último, y en todos los encuentros del año de 1875, siempre se le vió defender la causa de posicion en posicion, sin que por eso desmayase su ánimo.

Dícese que él fué el primero que conoció lo imposible de la resistencia, y así lo hizo ver á varios de sus compañeros; pero estos lo acusaron de traidor, y estas acusaciones llegaron hasta la córte del Pretendiente.

Cuando el ejército del centro y de Cataluña reunidos pasaron á este último punto, despues de vencidos los carlistas del reino de Valencia y Aragon, tuvieron los jefes carlistas una reunion en San Juan de las Abadesas, para ver lo que debian hacer ante la tempestad que les amenazaba. Se trató de reconcentrarse para resistir mejor; pero Saballs no quiso que nadie lo mandase y dijo lo siguiente:

—Yo estaré allí donde el honor y el peligro me ordenen, pero no me sujetaré á ninguna imposicion, venga de quien venga, sino que obraré dentro de mi conciencia y de la causa que defiendo.

Sin embargo, merced á la eficacia de su amigo Huguet, aceptó el principio de acudir allí donde la causa lo exigiese, y donde el riesgo fuese mayor.

—Pero siempre á la vanguardia, replicó Saballs.

—Sea, contestaron Tristany y Castells, que eran los más autorizados.

La corta campaña que se siguió y que solo duró los meses de Julio y Agosto, es una muestra de las últimas palabras de Saballs. Este hombre terrible se multiplicaba por decirlo así. Tan pronto estaba en fuego con las valientes tropas del famoso Salamanca y Jovellar, como andaba en los alrededores de la Seo de Urgel. El presenció todos los com-

bates; él estuvo en todas las acciones que se intentaron para hacer levantar el sitio de la Seo; y cuando la ciudadela y los castillos de Urgel sucumbieron al denuedo y valor del general Martinez Campos, cuando de posicion en posicion y de montaña en montaña, todas las facciones catalanas fueron barridas, unos hácia el Pirineo, otros hácia las escabrosas cumbres de Jaca, entonces Saballs, aquel caudillo de la fortuna, aquel hombre de hierro que veia desde las altas cumbres los valles y campos catalanes, no pudo menos de llorar, porque hay ocasiones en que los hombres de corazon más duro lloran como los niños.

Huguet, el cabecilla Huguet, su compañero y amigo, le preguntó:

—¿Qué es lo que vas á hacer en este momento? La causa está perdida. Francia está á nuestro frente, Navarra está á nuestra izquierda. ¿Hácia dónde te dirijes?

—Hácia la izquierda, contestó Saballs brevemente.

—Te advierto, amigo mio, replicó Huguet, que allí tienes muchos enemigos. La independencia y la desobediencia á veces á las órdenes del rey, te han de producir tristes resultados.

—Lo sé, contestó Saballs, pero he jurado defender hasta lo último la causa de la legitimidad, y no saldré de España hasta que no quede un carlista en ella.

Huguet le dió un abrazo y se dirigió á Francia. Ahora sigamos á Saballs en ese último período militar.

VI.

Cuando Saballs penetró en Navarra llevando sus ya aguerridos soldados, para aumentar las huestes del pretendiente, era por los títulos y honores que de su *monarca* habia recibido, teniente general, conde de Alpens, caballero de la real y distinguida órden de Cárlos III, gran cruz de Isabel la Católica y otra multitud de distinciones por acciones de guerra. Además llevaba inscritos en su hoja de servicio ciento cuarenta y cinco combates, y tenia marcadas en su

cuerpo no pocas cicatrices, que patentizaban la larga y terrible historia de sus hazañas.

Digno era entre los suyos de toda consideracion y respeto, puesto que desde el principio de la guerra venia siendo el cabecilla más audaz y afortunado que habia tenido el Pretendiente de España; pues en medio de las derrotas que habia sufrido siempre habia continuado al frente de sus parciales sin que nada le hubiera obligado á retroceder. Como prueba de la fé que tenia en la causa que estaba defendiendo, derrotado y vencido en Cataluña, pasaba á Navarra para luchar hasta lo último en favor del espirante carlismo, y en este intento quiso presentarse á su rey; pero D. Cárlos no vió en Saballs al hombre que habia mantenido su bandera en Cataluña, sino al que en algunas ocasiones no habia obedecido sus órdenes, y no habia logrado levantar el sitio de la Seo de Urgel, y sin acordarse para nada de sus servicios, lo mandó arrestar y formar consejo de guerra.

Ingrato era el pago que se le daba, y aunque no eran conocido aún en todos sus detalles estos últimos episodios de la vida militar de Saballs, es lo cierto que encontraria en la conducta ingrata de su rey una amargura estraordinaria viéndose sepultado en una oscura prision en vez de ser tratado con la consideracion debida á su rango y á sus servicios. Afortunadamente para Saballs cuando él era sepultado en los calabozos de Durango sonaba la última hora del carlismo en España y los ejércitos de la nacion penetraban por la izquierda y la derecha para arrojar de sus guaridas á los soldados del pretendiente. Sin embargo, mientras se llevaban á efecto estas operaciones formóse en Estella un consejo de guerra para juzgar la conducta de Saballs bajo la accion de los generales carlistas más generalizados del Norte, entre los que se encontraban Pérula, el conde de Lacerta, Calderon y otros. Divididos estaban los ánimos, pues unos querian á todo trance castigar con la pena de muerte al cabecilla catalan y otros por el contrario querian salvarlo, puesto que sus servicios eran superiores á sus faltas y la responsabilidad de aquella muerte hubiera caido nuevamente sobre el ingrato pretendiente que de tal modo pagaba la lealtad de sus servidores; pero los sucesos de la guerra avanzaban rápidamente, y harto tenian los carlistas que hacer con salvarse á sí propios,

ya que no entretenerse en cuestiones interiores de rivalidades y partidos.

Saballs, que se vió tratar de aquella manera, no quiso impetrar el perdon que algunos le aconsejaban.

—Lo que conviene, le decian muchos que pasaban por sus amigos, es que haga V. una representacion al rey pidiéndole gracia.

—Jamás, contestaba Saballs; el que no ha delinquido no tiene que pedir á nadie merced. El dia que se me juzgue y condene compareceré ante los carlistas navarros con la boina y el uniforme que llevé en la batalla de Alpens. Si me fusilan moriré satisfecho de haber cumplido con mi deber.

Para los que creian que Saballs seria sacrificado no dejaba de llamar la atencion la energía de aquella naturaleza rebelde y altiva, y no pocas murmuraciones se estendian entre los carlistas á la vista del prisionero de Durango.

Este se aislaba cada vez más y eran muy pocas sus palabras: los que intencionalmente iban á verlo para sorprender alguna queja contra D. Cárlos, no pudieron escuchar una palabra de recriminacion en él. Se contentaba con fumar y pasearse silenciosamente en su calabozo, y cuando el fiscal de la causa le tomaba alguna declaracion, la prestaba siempre con un laconismo particular. Es fama que el consejo de guerra se reunió y lo sentenció á muerte, segun *El Cuartel Real*, órgano oficial del carlismo, que se publicaba en Estella, procurando cubrir con un velo estos acontecimientos; pero los rumores de su fusilamiento llegaron á Madrid y en algunas correspondencias se daba esto como un hecho positivo; lo cual si no se verificó, dichas cartas eran el eco de la opinion que sobre el destino de Saballs se tenia formada en Navarra.

Segun los informes más exactos que sobre estos hechos hemos podido recoger, resulta que Saballs compareció al consejo de guerra y renunció á la defensa.

—Aceptaria la idea de mi criminalidad si me defendiese. Yo soy el hombre de Alpens y de Igualada, yo soy quien despues de Castells levanté en Cataluña la bandera de nuestro rey: ahora bien, si por esos servicios merezco la muerte, fusiladme muy en hora buena.

El consejo se quedó solo para deliberar, cuando en el mismo instante llegó la noticia de la admirable marcha de Mar-

tinas Campos por los Pirineos, haciéndose dueño del Valle del Baztan y dominando por completo á Elizondo. Esta noticia era el *sálvese quien pueda* en unas circunstancias tan críticas: al mismo tiempo, y por otro lado, se acababa de saber la marcha victoriosa del ejército de la izquierda sobre Vizcaya y la entrada de las tropas en Estella.

Todo el mundo preguntaba por D. Cárlos, pero nadie sabia dónde estaba el pretendiente, lo cual acabó de desmoralizar al bando carlista que desde aquel momento solo pensó en su propia salvacion. Escuchaba Saballs desde las rejas de su prision aquel movimiento que revelaba el terror pánico de sus correligionarios, cuando se le presentó el alcaide de la prision, que era un viejo sargento de los tercios navarros de la primera guerra civil

—Hola ¿qué tenemos? preguntó el cabecilla catalan con su perpétua sangre fria.

—Poca cosa, mi general, replicó el carcelero con una sonrisa igual á la del conejo: que nos vamos como la vez pasada. Por un lado viene Martinez Campos, por otro Quesada, por el flanco Moriones, por el centro Primo de Rivera; de manera que ya puede V. E. liar el petate y largarse lo más pronto posible, si es que no quiere caer en poder de las tropas liberales.

Adivinó Saballs toda la importancia de las noticias que acababa de oir, puesto que estaba al corriente de la marcha de los acontecimientos, y preguntó:

—¿Y el rey?

—No lo sé.

—¿Y el conde de Caserta?

—Tampoco.

—¿Y Pérula?

—Lo ignoro.

—¿Y... el consejo de guerra?

—Se ha marchado.

Saballs encendió un puro, y encogiéndose de hombros, sin expresar en su rudo y tostado semblante la más ligera emocion, se contentó con decir:

—Llama á mi asistente, y que me traiga mi caballo. Puesto que todos se marchan, vámonos tambien, y ahora, toma tú, buen sargento, en pago de lo bien que me has tratado en la cárcel.

Sacó una bolsa encarnada y se la entregó al carcelero. Media hora despues, Saballs, alejándose de la nube de fugitivos que se dirigía á la frontera, se encaminó al centro de las operaciones, para saber á qué atenerse respecto de lo que debia hacer; pero llegaba en el momento en que todos los carlistas retrocedian ante el empuje de nuestros soldados, y si bien pudo presenciar los últimos combates, se vió obligado como todos á penetrar en Francia, para purgar en extranjero suelo los males que habia acarreado á la patria, reproduciendo una contienda dinástica que nunca debiera haber resucitado, despues que esta sucumbió en los campos de Vergara en 1839.

CONCLUSION.

Llegada á feliz término la guerra civil, y restablecida la paz, muchos de los jefes carlistas que han militado en las filas del Pretendiente, han reconocido la causa legítima de D. Alfonso XII; pero Saballs aferrado en sus principios, se encuentra en las poblaciones francesas, inmediatas á la frontera, entregado á la inaccion despues de una lucha de cuatro años, siguiendo fielmente las ideas que toda su vida ha sostenido. Si se ha de juzgar á este hombre por sus hechos, hay que reconocerle una gran osadía y un valor extraordinario, propio de su carácter independiente y de su espíritu turbulento, pues es sabido que los que tienen tal temple de alma nunca se acomodan á la vida pacífica, sino que necesitan grandes emociones y vastas complicaciones para dar aliciente á su espíritu borrascoso. Para nosotros Saballs ha hecho en la última guerra el mismo papel que Cabrera hizo en la otra campaña del carlismo, si bien hay que convenir, que el caudillo de Cárlos VII es muy inferior al caudillo de Cárlos V. En Saballs no hay nada más que el guerrillero que no reconoce otra ley que la de su capricho, ni otra razon que la de su criterio; en Cabrera hay un genio más profundo y calculador, que aspira á mayores empresas.

No es la ocasion de hacer ahora juicios de hombres, cuya historia se encuentra bajo la accion de las pasiones políticas; pero el dia que estas pasen y dejen ver sus coloridos, así á

los hombres como á las cosas, no cabe duda que Saballs pasará por uno de nuestros más famosos guerrilleros, dejando á un lado como en esto debe hacerse, la desacreditada causa á la que consagró sus servicios. En Saballs está el genio catalan antiguo; el almogávar que vive en la sombra de las montañas; que se confiesa con la naturaleza, que goza con las tempestades, y que se hace amigo de la noche y de la intemperie para someterlas á sus empresas. Sacarlo de esta esfera es reducirlo á la nulidad. Saballs como militar, no ha sabido presentar jamás una batalla; como guerrillero, ha dispuesto admirablemente una sorpresa, y un ataque de emboscada. Al revés de Cabrera, en tanto que este subia de guerrillero á general, Saballs nunca pudo ser general, sino que descendió á guerrillero. Son dos tipos que forman dos polos opuestos, pero que tienen en el fondo un principio de unidad que constituye la esencia de sus caractéres singulares.

Para acabar de comprender á Saballs, basta el último detalle de su vida. Apenas declarada la guerra de Turquía y la Servia, el caudillo catalan trató de ir á pelear como los antiguos almogávares al Oriente, y desde luego principió á organizar una pequeña legion para luchar contra los turcos. Su proyecto se ha llevado á cabo con notable rapidez, y si la paz entre el imperio Otomano y la Servia, el Montenegro y la Herzegovina no se hacen, de seguro que Saballs irá á la guerra de Oriente, como iban los antiguos cruzados á las conquistas de la Tierra Santa.

Y es que Saballs, como hemos dicho, no puede vivir ni moverse sino allí donde la guerra hace sus estragos, pues su naturaleza, su carácter y su condicion, no tienen otro aliciente que la del estruendo de la fusilería y el estampido de los cañones.

Aparte de esto, y concretando el carácter del famoso guerrillero que acabamos de describir con toda la verdad histórica que el asunto requiere, diremos que en Saballs se vé el espíritu de nuestro pueblo cuando lucha por una idea. No son las opiniones las que delinean estos tipos que dejan una huella de sangre ó de gloria en el destino de las naciones: son los acontecimientos que hacen surgir estas figuras colosales de los mismos accidentes de la historia.

Saballs en la montaña, Saballs luchando sin descanso contra sus enemigos, Saballs no admitiendo otra imposicion ni otro freno nada más que el de su propia y enérgica voluntad, es el retrato de todos aquellos que han seguido sus huellas.

Saballs es el almogávar antiguo.

Es el soldado que no reconoce ordenanza alguna.

Es quien vive y goza con el humo de los combates.

Es quien sigue el rumbo tempestuoso de su destino, sin mirar ni para adelante ni para atrás.

Suponiendo que no hubiera existido el partido carlista, cuya bandera era tan á propósito para el genio de Saballs, éste hubiera encontrado en otra parte el aliciente que con tanta estension le ofreciera la última guerra que ha terminado felizmente.

En todas las luchas civiles han existido caractéres de esta naturaleza, especialmente en Cataluña.

Verdad es que esta provincia nunca ha cesado en contínuas revoluciones.

Sublevóse en tiempo de Felipe II.

Lo mismo hizo en tiempo de Felipe III.

Siguió igual sistema en la guerra de Felipe IV.

Dos veces practicó lo mismo en tiempo de Cárlos II.

En la época de Felipe V, los catalanes no cesaron en sus planes de agitacion.

Y nada decimos de la época actual, que es conocida de todos.

Pues bien, en cada uno de esos períodos siempre han existido tipos como Saballs, tipos que han respirado con los combates, y no han tenido otra vida que la de las batallas.

Ultimamente, de un modo ó de otro, el resultado es idéntico, el almogávar, el guerrillero, siempre nace y brota de aquellas fragosas montañas, y Saballs cierra hoy la cadena no interrumpida de los Trapenses, de los Moncadas, de los Tristanis y de los Cabreras.

Saballs ha sido el último: aunque hoy vive en el silencio, en la sombra, siempre será su carácter fuerte y enérgico, la reproduccion de los hijos de la guerra.

Creemos que con lo dicho es lo bastante para conocer al hombre de la montaña.

Si él ha marchado á la guerra de Oriente, pronto su nombre resonará en aquellos países. Si él, por el contrario, permanece en la calma y en el retiro, tan luego como hubiera una ocasion, allí estaria para vivir en su elemento.

Este es Saballs.

FIN.